

el cual, como en los muy leídos y conocidos de Albert Bataille, se reseñan los debates de los procesos y causas notables, recientes, bajo este título: «El año en las Salesas.» El autor de las crónicas judiciales á que me refiero es el Sr. D. José Luis Castillejo, que escribe en *El Heraldo de Madrid* bajo el seudónimo muy literario de *El licenciado Vidriera*. Su obra, aunque no fuese de entretenida lectura, como es, siempre constituirá un documento humano interesante.

Lo primero que se observa en la lista de crímenes reseñados por el Sr. Castillejo, es la expansión del individualismo, la nota de la anarquía romántica, que prevalece en nuestro pueblo. Un sentimiento de rencor, de odio ó de celos, se exterioriza en la acción, por medio del revólver ó de la faca, porque el impulso bárbaro, primitivo, no encuentra freno en ningún orden de consideraciones, ni en el criterio ambiente, el cual más bien es favorable á tales arrebatos. Son crímenes que están en la atmósfera, que se respiran. El pueblo bajo, en Madrid, es provocante, pendenciero y soberbio: tiene la lengua desatada, soez, picante como una guindilla; la mano pronta y traicionera; la intención más negra que la mano. La facilidad en la agresión se halla estereotipada en el lenguaje, en la crudeza camorrista de las palabras. Ciertas frases, como «echar fuera las tripas», «sacar el mondongo», «mascar la nuez», «comer los hígados», «pisar el bandullo», «cortar la cara», «patear la cara», «cortar el cuello», «partir el corazón» y otras peores, que prestan repulsiva realidad física á la amenaza, encarnándola en imágenes sensibles, se oyen á cada instante en las riñas de plazuela y taberna, y obsesionan el cerebro hasta traducirse en actos. No hace muchos días me detuve, pensativa y preocupada, á escuchar cómo se injuriaban dos chiquillos, golfos de ocho á nueve años á lo sumo. Acusábanse mutuamente, con expresiones atroces, de nefandas obscenidades que ni su edad les permitía cometer; y entre puerro y cebolla, se prometían partirse, cortarse, pisarse y rajarse todo cuanto cabe maltratar así en un cuerpo humano. No llegaba, claro está, la sangre al río, ni aun á los rostros sucios y desvergonzados el puño ó la mano abierta; pero ¿quién duda que allí fermentaba lo que años después, con la fuerza acrecida y la acometividad desenvuelta y el vino alborotador, sería base de uno de tantos crímenes?

\*\*\*

Yo no entiendo de leyes, como diz que dijo cierto político español de antaño: no tengo más guía que el sentido raro ó común ó como ustedes gusten; y creo notar en el libro del *Licenciado* cosas que me parecen singulares y que acaso, para los versados en cuestiones jurídicas, sean lo más natural y lógico del mundo.

No soy enemiga, sino partidaria, del Jurado, sobre todo cuando lo componen personas ilustradas é independientes; pero no me ha convencido el sistema de formular las preguntas á que el jurado da respuestas de *síes* ó *noes*, según las cuales el acusado sale condenado ó absuelto. Muchas veces el jurado se ve en el caso de responder negativamente á una pregunta relativa á sucesos patentes, sabidos, archidemonstrados. ¿No podría hacerse de manera que, sin consecuencias opuestas á las intenciones y propósitos del jurado en lo que respecta á la suerte del acusado, las respuestas fuesen siempre acordes con la realidad de los hechos probada hasta la evidencia?

Por las respuestas del jurado aparece quizás que Fulano *no* ha matado á Mengana, mientras consta que *sí* la mató. Y esta ficción, necesaria para que el jurado no condene cuando quiere absolver, parece escarnio de la verdad, allí donde más se la debe respetar y proclamar públicamente. Un formulismo que obliga á la mentira, trae ya consigo el desprestigio de la ley. Acaso dirán que esto se hace en todas partes; que hemos traducido de un idioma extranjero el Jurado. Pues está mal hecho dondequiera que se haga así; lo primero que importa es la claridad, y evitar hasta la sombra de contradicciones y absurdos, que desorientan á los profanos — la inmensa mayoría. — La justicia debiera presentarse vestida de cristal.

\*\*\*

Veo también que es frecuente absolver á los asesinos y homicidas, dejarlos ir libres, sin el menor castigo, aunque el crimen esté plenamente probado, hasta la saciedad. ¿Por qué esta indulgencia? Si la ley no admite término medio, si las penas son desproporcionadas, ¿no puede reformarse el Código? ¿No sería mejor reformarlo, que dejar salir sin pena algu-

na, cuando no en triunfo, al que mató á su semejante?

Comprendo la clemencia incondicional en la duda; comprendo que donde quepa un error judicial, un desacierto, una iniquidad involuntaria, se opte por no imponer el menor castigo. Este no es el caso á que me refiero. En el libro se reseñan crímenes que han quedado absolutamente impunes. ¿Es por lenidad, por mal guiada simpatía hacia ciertos fenómenos de la pasión, ó es porque la ley no deja campo abierto á la justa proporción de las penas? En cualquiera de estos casos, es preciso reconocer que cojea Temis.

La fama de estas benignidades suele llevársela el Jurado. Pero noto que también las Audiencias y el Tribunal Supremo tienen sus veleidades de blandura. El Tribunal Supremo conmuta la sentencia de muerte de un fraticida, que quita á una escopeta la carga de perdigones, la sustituye por bala, se aposta en el camino por donde ha de pasar su hermano, se oculta detrás de un roble, le descerraja el tiro, le ve caer á doscientos pasos de distancia, carga de nuevo la escopeta, se acerca y le remata á quemarropa. Y el Supremo, para fundar la conmutación, entiende que el hecho no fué premeditado. — ¡Pues si llega á premeditarlo! — Por su parte, la Audiencia de Madrid absuelve libremente á un farmacéutico que ni siquiera por equivocación, sino por no tener la medicina que se le pedía, por no desmentir el axioma profesional de que en toda botica hay de todo, le suelta á un enfermo nada menos que una inyección de aguarrás, con lo cual le hace dar cada salto que llega al techo...

Algún homicida aparece irresponsable por locura histero-epiléptica; y aunque sobre esta exención podría hablarse mucho, no cabe duda que la reclusión en un manicomio defiende á la sociedad lo mismo que la reclusión en un penal, si de defensa se trata. Más difícil sería cohonestar el que otros homicidas, enteramente cuerdos, pero de los que matan «por una mujer», se vayan del Tribunal á la calle, mientras un infeliz buhonero borracho se pasa diez meses á la sombra por el delito de haber gritado «¡Viva la República!» bajo la influencia del espíritu parral.

\*\*\*

Una reclamación á una compañía ferroviaria, de indemnización por perjuicios irrogados con motivo de la llegada con retraso de un tren, fué, por supuesto, desestimada. La idea de que quien establece un servicio público contrae una responsabilidad, no ha penetrado aún en los cerebros y en las costumbres. La prueba es que la tal reclamación es la primera que en España se ha formulado. El hecho de que los trenes lleguen con retraso es ya tan consuetudinario, que no origina protestas, sino á lo sumo bromas y ese resignado movimiento de hombros con el cual nos avenimos á lo que no puede evitarse, á las fatalidades y miserias impuestas por la naturaleza de las cosas. Ni aun se nos ocurre preguntar, ¿por qué venimos retrasados? Tan indiscreta curiosidad nos la guardamos en el bolsillo. ¿A qué meternos en honduras? Son inescrutables designios de los que nos hacen el favor de transportarnos de un lado á otro. Demasiada bondad la suya.

Por eso considero que debemos incluir entre los espíritus discolos, impertinentes y exigentes al procurador de Salamanca que reclamó contra la compañía, bajo el especioso pretexto de que necesitaba llegar á Madrid puntualmente. Es el caso que tenía celebrado con una persona de la corte un contrato de préstamo, con la cláusula de que si en día y hora determinados no le satisfacía el importe, habría de entregarle una cantidad en concepto de indemnización. «Llegado el vencimiento (copio textualmente), salió el prestatario para Madrid al objeto de cumplir su compromiso, y salió en el tren que tiene su llegada á las seis de la mañana; pero ¡oh infortunio!, el citado tren llegó aquel día con la friolera de cinco horas de retraso. Y como no se encontrase el procurador de Salamanca en Madrid á la hora convenida, tuvo que pagar á su acreedor la pena estipulada.» En consecuencia, pidió la gollería de una indemnización de mil y pico de pesetas. A bien que tan exorbitantes pretensiones se desestimaron...

No falta quien crea que si en España llega á desarrollarse cierta actividad industrial, y el sentido de los negocios se impone, se difundirá la perniciosa idea de que el tiempo tiene su valor, y de que en todas partes el retraso de los trenes, salvo en casos excepcionales y justificados, se castiga con multa y puede dar lugar á indemnizaciones. Pero esto será *ad kalendas graecas*, porque la piel del león de nuestro escudo hace rato que oculta á una tortuga entre sus crines.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### TEMIS

Casi siempre que por circunstancias fortuitas se ve de cerca algún aspecto de la vida nacional, aparece en su desnudez y de realce nuestro estado de atraso y las reconocidas deficiencias que nos traen así. (Creo que todo el mundo entenderá cómo nos traen.)

Recuerdo que una de estas impresiones tristes la determinó el célebre proceso del crimen de la calle de Fuencarral. Al agitarse el légamo, salieron á la superficie cosas que aturdirían. Apareció la máquina destartada y caduca de nuestra organización jurídico-penal-social, comida de orín, ó apestando á aceite de candil, funcionando entre chirridos y descarranándose á cada movimiento de trabajo; enseñaron su hedionda cara la corrupción y la inmoralidad del pueblo bajo madrileño y del señorío inculto, bárbaro y holgazán, que se gasta sus rentas en francachelas, flamenquerías y vicios; vicios en las humildes Rondas de la capital, en los modestos suburbios, arquitecturas murales propias de Babilonia ó las ciudades de la Pentápolis, sobre las cuales llovió el fuego del cielo; se advirtió la poca reflexión de un público que aceptaba sin examen las versiones más absurdas y más folletinescas á lo Richebourg y Montepin, y el apasionamiento y el desacuerdo en todos los que alternaron en tan campaneado asunto; se apreció, en suma, un estado moral é intelectual triste y de ese excesivo neurosisismo, con fondo de frivolidad, que acusa la flaqueza colectiva, impidiendo las reacciones de una opinión sana, ilustrada y seria.

\*\*\*

Deseosa de ver si en once años ha mejorado el espíritu general y derivado hacia saludable reforma las costumbres, cojo un libro acabado de publicar, en